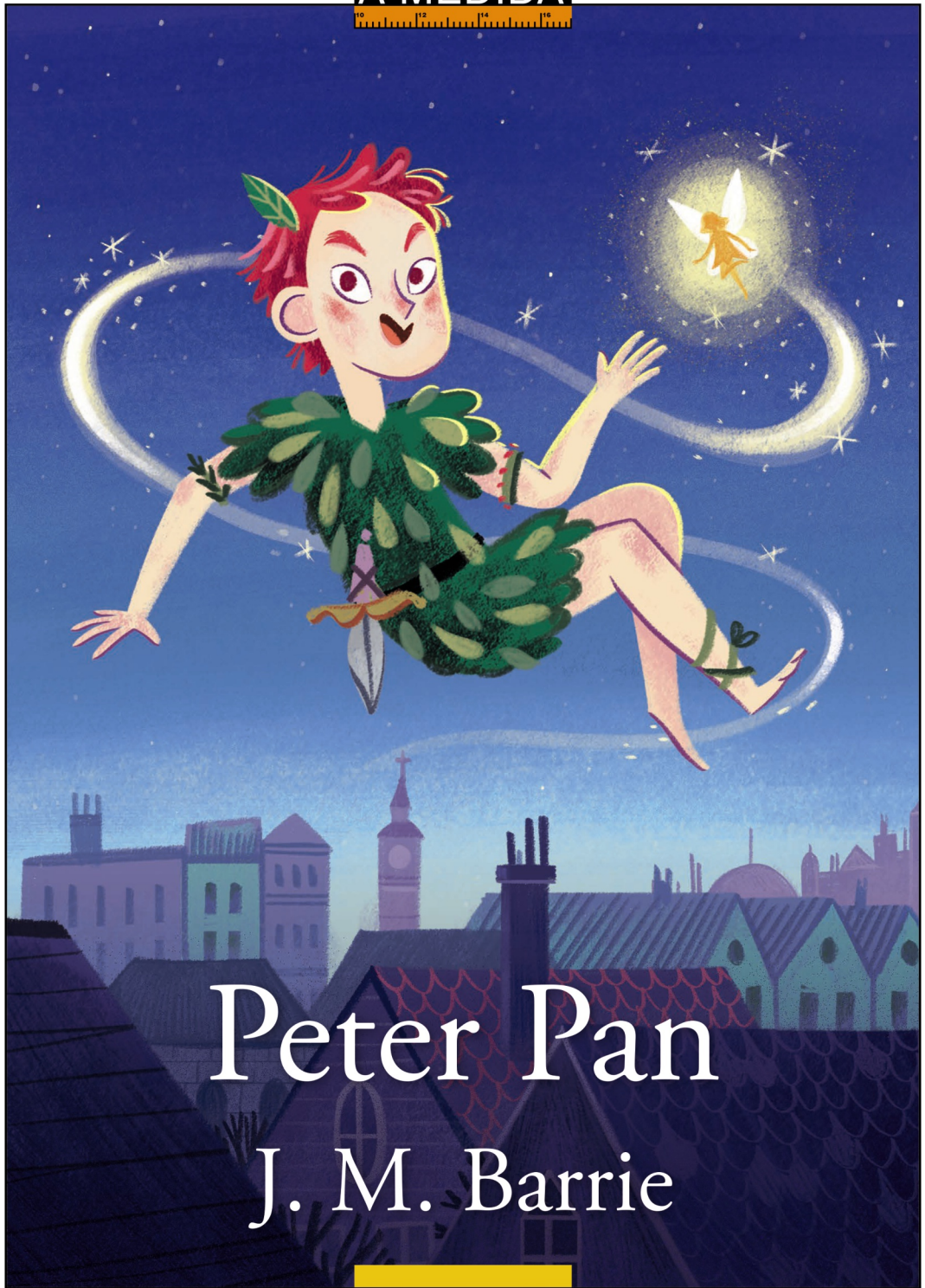


CLÁSICOS
A MEDIDA



Peter Pan

J. M. Barrie

ANAYA

CLÁSICOS
A MEDIDA



Peter Pan

J. M. Barrie

Adaptación de Miquel Pujadó

Ilustraciones de Laia Pàmols

ANAYA

Para la explotación en el aula de esta adaptación de *Peter Pan*, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en www.anayainfantilyjuvenil.com

- © De la adaptación, introducción, apéndice y notas: Miquel Pujadó, 2024
- © De la ilustración: Laia Pàmpol, 2024
- © De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Primera edición, febrero 2024



ISBN: 978-84-143-3689-2
Depósito legal: M-33913-2023
Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Introducción	5
Capítulo I. Se presenta Peter Pan.	19
Capítulo II. La sombra	27
Capítulo III. En marcha	35
Capítulo IV. El vuelo	45
Capítulo V. La isla es real	53
Capítulo VI. La casita	63
Capítulo VII. El refugio subterráneo	71
Capítulo VIII. La laguna de las sirenas	77
Capítulo IX. El pájaro de Nunca Jamás	89
Capítulo X. Un hogar feliz.	93
Capítulo XI. La historia de Wendy.	101
Capítulo XII. La captura de los niños	111
Capítulo XIII. ¿Creéis en las hadas?	117
Capítulo XIV. El barco pirata.	127
Capítulo XV. ¡Esta vez, o Garfio o yo!.	137
Capítulo XVI. De vuelta a casa.	149
Capítulo XVII. Cuando Wendy creció	161
Apéndice.	175



Peter Pan

Se presenta Peter Pan



Todos los niños crecen, excepto uno. Wendy supo a los dos años que se haría mayor, un día que estaba jugando en el jardín y corrió con una flor recién cortada hacia su madre, la señora Darling, que se llevó la mano al corazón y exclamó: «¿Por qué no podrías quedarte así para siempre?». A los dos años uno empieza a enterarse de las cosas: es el principio del fin.

La señora Darling era una mujer hermosa, con un alma romántica y una boca ligeramente burlesca. Su alma romántica era como esas cajitas del misterioso Oriente que contienen otras cajitas cada vez más pequeñas. Y su boca ligeramente burlesca guardaba un beso que Wendy no podía nunca conseguir, aunque estuviera bien a la vista en un rincón de los labios. El señor Darling la conquistó de la manera siguiente: todos los caballeros que habían sido niños cuando ella también era una niña descubrieron de repente que se habían enamorado de ella, y corrieron hacia su casa para proponerle matrimonio, pero el

señor Darling alquiló un coche de caballos, llegó el primero y así la hizo suya, excepto la más pequeña de las cajitas y el beso. Nunca supo nada de la cajita, y con el tiempo dejó de intentar hacerse con el beso. Siempre se enorgullecía de que la señora Darling no solamente lo amaba, sino que también lo respetaba. Era un hombre profundo, de los que saben mucho de acciones y cotizaciones de bolsa. En realidad, nadie entiende nada de estos temas, pero el señor Darling sabía dar la impresión de entenderlos, y afirmaba que las acciones subían o bajaban con una seguridad capaz de imponer respeto a cualquier mujer.

Una vez casados, Wendy fue la primera en nacer, seguida de John y de Michael. Durante una semana o dos después de la llegada de Wendy, sus padres se preguntaron si podían permitirse alimentar una boca más. El señor Darling estaba muy orgulloso de Wendy, pero también era muy riguroso, y estuvo calculando con papel y lápiz los gastos que les esperaban, mientras la señora Darling lo miraba con aspecto suplicante. Al final dijo:

—Nos quedarán nueve libras, nueve chelines y siete peniques. ¿Podemos vivir un año con esta cantidad?

—¡Claro que sí, George! —exclamó ella, que había tomado claramente partido por Wendy.

—Pero piensa en las paperas: treinta chelines¹; el sarampión: una libra; la rubeola: media guinea²; la tosferina: digamos quince chelines...

Al final, decidieron quedarse con Wendy reduciendo los gastos de las paperas a doce chelines y seis peniques, y cuidando el sarampión y la rubeola por el precio de una sola enfermedad.

¹ *Chelín*: moneda inglesa equivalente a la vigésima parte de una libra, usada hasta 1970.

² *Guinea*: moneda de oro equivalente a 21 chelines, utilizada hasta 1971.

Pasó lo mismo con John y con Michael —este último se salvó por muy poco, pero al final se quedaron con los dos—, y pronto se vio a los tres yendo en fila al jardín de infancia de la señora Fulson, acompañados de su niñera. Como los Darling tenían poco dinero —¡era increíble lo que llegaban a gastar en leche para los niños!—, la niñera era una perra terranova llamada Nana que habían conocido en los jardines de Kensington³, donde se dedicaba a inspeccionar los cochecitos y a seguir a las niñeras negligentes hasta su domicilio para denunciarlas a su señora. Como niñera, era una joya. Evidentemente, su caseta estaba en el cuarto de los niños, y se levantaba a no importa qué hora de la noche en cuanto uno de ellos gritaba o lloraba. Los cuidaba con sabiduría cuando se ponían enfermos, con remedios de toda la vida, los bañaba siempre a sus horas, los acompañaba a la escuela —con un paraguas en la boca si el tiempo era inseguro—, y esperaba con las otras niñeras en un cuarto que la señora Fulson ponía a su disposición. Ellas se sentaban en un banco, y Nana se tumbaba en el suelo, y si las otras hacían ver que la ignoraban por su diferencia de clase social, ella despreciaba sus conversaciones frívolas.

El señor Darling sabía que Nana era impecable, pero le inquietaba la opinión de los vecinos. Además, tenía la impresión de que Nana no lo admiraba lo suficiente.

—¡Estoy segura de que te admira muchísimo, George! —lo tranquilizaba la señora Darling, y hacía una señal a los niños para que fueran especialmente amables con su padre. Entonces, todos solían ponerse a bailar, acompañados por la otra única sirvienta, Liza, tan diminuta que parecía no tener más de diez

³ Los jardines de Kensington, uno de los Parques Reales de Londres, son un pulmón verde del centro de la ciudad, situados junto a Hyde Park, y tienen una superficie de 111 hectáreas.

años. No había existido una familia tan feliz hasta la llegada de Peter Pan.

La señora Darling oyó hablar por primera vez de Peter Pan mientras ordenaba las mentes de sus hijos, como hace toda buena madre cuando se duermen para poner en su sitio todos los elementos que han sido desplazados durante la jornada y así prepararlos para el día siguiente. Cuando los niños se despiertan, las ideas malas están dobladas con cuidado y puestas en el fondo de la mente, mientras que los mejores pensamientos han sido colocados encima de todo, sin una arruga, preparados para llevar.

No sé si habéis visto alguna vez el mapa de la mente de una persona. El de un niño es terriblemente enrevesado y no para de dar vueltas. Se ven en él muchas líneas, que son los caminos de la isla, pues Nunca Jamás es siempre más o menos una isla, con manchas de color aquí y allá, arrecifes de coral, un barco amenazador en la costa, grutas donde nace un arroyo, príncipes con seis hermanos mayores, una vieja de nariz ganchuda... El mapa, de todas formas, sería fácil de dibujar, si no hubiera también el primer día de escuela, los padres, el estanque del parque, el día del pastel de chocolate, los verbos conjugados, la moneda que trae el ratoncito cuando se cae un diente y tantas cosas más. Y estos elementos, o bien forman parte de la isla, o figuran sobre otro mapa transparente que se superpone al primero formando un conjunto confuso, donde nada se está quieto.

Evidentemente, los países de Nunca Jamás son muy diferentes los unos de los otros. En el de John había una laguna con flamencos rosa; en el de Michael, el hermano más pequeño, una cueva y un solo flamenco, y las lagunas volaban por encima. John vivía en una barca colocada boca abajo en la playa; Michael, en



una tienda india; Wendy, en una cabaña de hojas entrecosidas hábilmente. Pero en conjunto, todos los países de Nunca Jamás se parecen. Nosotros también hemos estado allí y, si nos lo proponemos, aún somos capaces de oír el ruido de las olas, aunque ya no podremos desembarcar en su costa nunca más.

Mientras se paseaba por la mente de sus hijos, a veces la señora Darling encontraba cosas que no llegaba a comprender. Pero ninguna la dejaba tan perpleja como ese nombre: Peter. No conocía a ningún Peter, pero el nombre se encontraba en varios lugares de la mente de John y de Michael, y empezaba a invadir la mente de Wendy, escrito con letras grandes y brillantes. A la señora Darling le pareció que Peter era un descarado.

—Sí, es bastante descarado —admitió Wendy cuando su madre le preguntó por él.

—Pero ¿quién es, querida?

—Peter Pan, ya lo sabes...

La señora Darling, a fuerza de pensar en su infancia, acabó acordándose de un Peter Pan que vivía con las hadas. Se decía que cuando un niño moría, lo acompañaba durante una parte del camino para que no tuviera miedo. Entonces había creído en su existencia, pero ahora estaba casada y tenía mucho sentido común.

—Si existiera —dijo a Wendy—, ahora sería adulto.

—No, no ha crecido. Es como yo.

No sabía cómo lo sabía, pero lo sabía. La señora Darling habló de ello con su marido, que dijo sonriendo:

—Debe de ser alguna tontería que Nana les ha metido en la cabeza, una de las típicas ideas que puede tener un perro. Ya desaparecerá.

Pero no desapareció. Y poco después, Peter Pan dio un gran sobresalto a la señora Darling. Wendy, una mañana, encontró

en el suelo del cuarto de los niños unas hojas de árbol que no estaban allí cuando se fueron a la cama. Dijo a su madre:

—Ha sido Peter. A veces viene, se sienta en mi cama y toca la flauta para mí mientras duermo.

—Si estás durmiendo, ¿cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé.

—¡Pero nadie puede entrar en casa sin llamar a la puerta!

—Me parece que entra por la ventana.

—¡Si estamos en un segundo piso!

—Las hojas estaban al lado de la ventana, ¿verdad?

La señora Darling no sabía qué pensar. Examinó las hojas: no eran de ningún árbol conocido. Buscó huellas de un pie extraño, palpó las paredes, hurgó en la chimenea con el atizador... También midió la altura de la ventana a la acera: diez metros, y no había ni hiedra ni una cañería por donde trepar. Wendy lo había soñado, sin duda. Pero Wendy no lo había soñado, como quedó demostrado la noche siguiente, cuando empezó esta aventura extraordinaria.

Era la noche libre de Nana. Los niños estaban acostados. Después del baño, la señora Darling les había cantado una canción hasta que, uno a uno, se habían quedado dormidos. Entonces, se sentó junto a la chimenea y se puso a coser. En la penumbra —solo había tres lamparitas encendidas, una por niño—, y con el calor del fuego, la señora Darling se adormeció y tuvo un sueño: el país de Nunca Jamás se había acercado demasiado y un niño extraño se había escapado de él. Lo había visto antes, en los rostros de muchas mujeres que no tenían hijos, y también en el de algunas madres. En su sueño, se había rasgado el velo que oculta el país de Nunca Jamás, y Wendy, John y Michael se asomaban a la abertura.

De repente, la ventana se abrió bruscamente y un niño entró por ella y saltó al suelo. Lo acompañaba una extraña luz del tamaño de un puño, que iba arriba y abajo por la habitación como si fuera un ser vivo. Creo que fue esa luz lo que despertó a la señora Darling. Tuvo un sobresalto, lanzó un grito y vio al niño. Supo enseguida que era Peter Pan. Era un niño encantador, vestido con hojas secas unidas las unas a las otras con resina, y tenía aún todos los dientes de leche. Cuando vio a una persona adulta en la habitación, hizo rechinar aquellas pequeñas perlas en una mueca.





Un buen día, Peter Pan se deja su sombra en la casa de los Darling. Cuando regresa a por ella, se encontrará con Wendy y sus hermanos, John y Michael, con los que viajará, junto a Campanilla, al País de Nunca Jamás para vivir grandes aventuras.

Los niños perdidos, el capitán Garfio y su tripulación de despiadados pirata, las sirenas, los pieles rojas... aparecerán en esta adaptación del clásico universal que ha fascinado a generaciones de niños y mayores.

